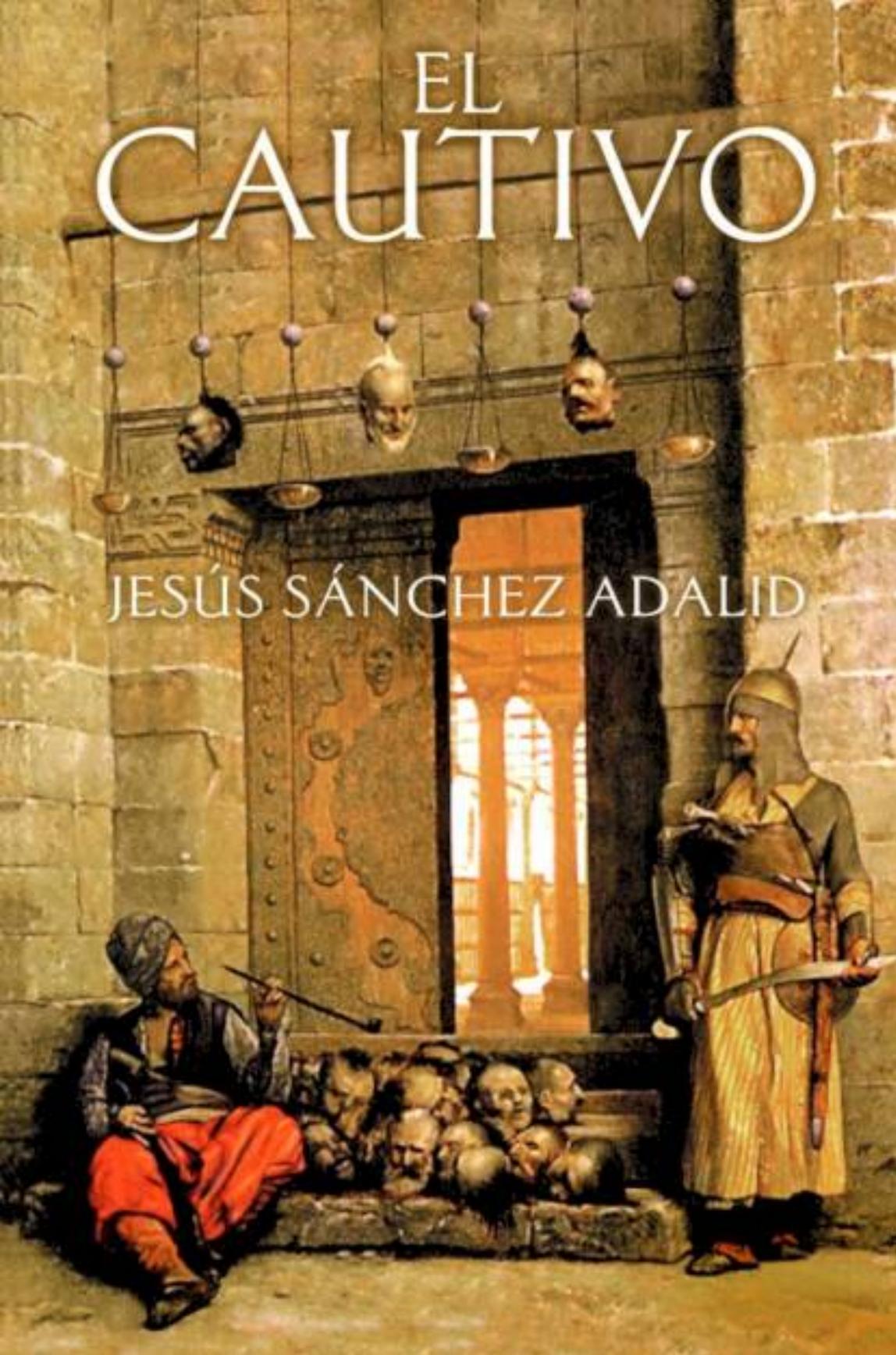


EL CAUTIVO

JESÚS SÁNCHEZ ADALID

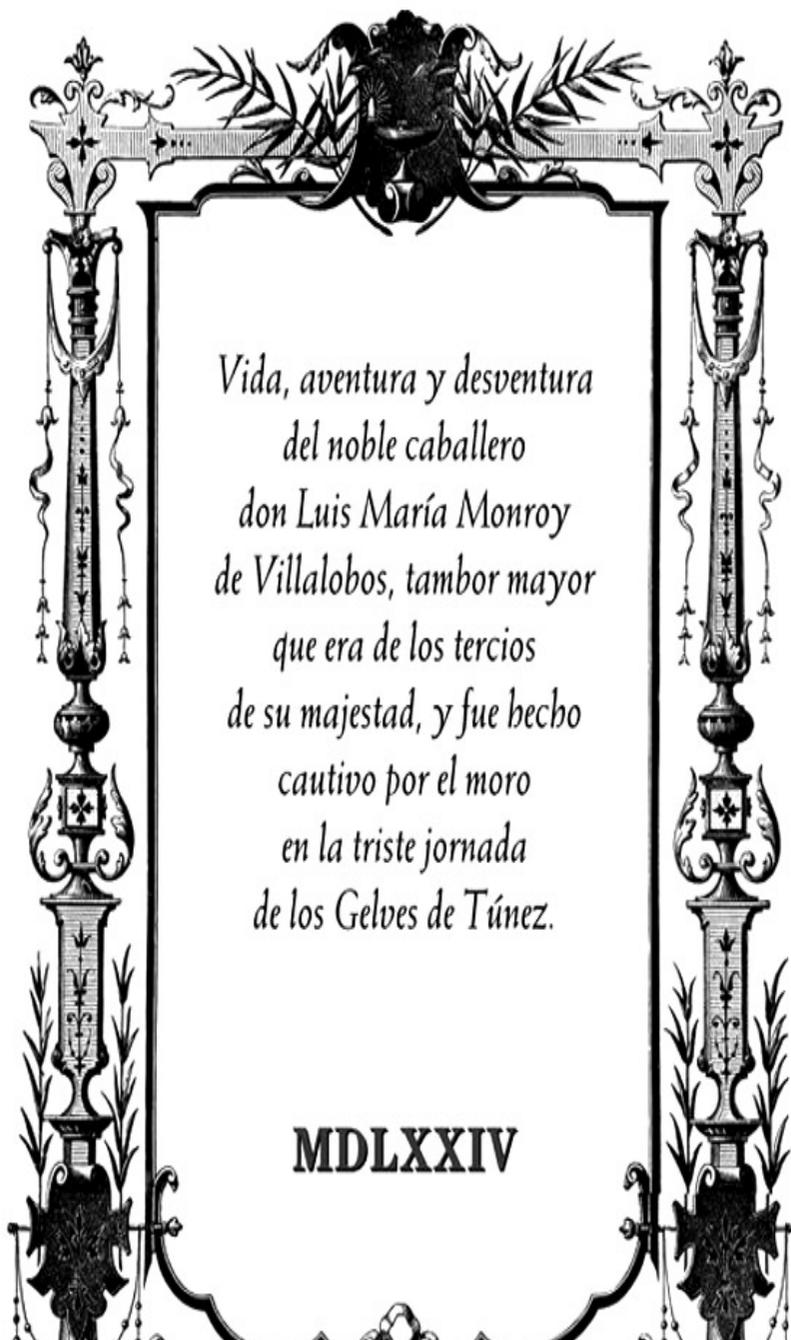


Monroy de Villalobos es un joven noble del siglo XVI que crece entre las fantasías que en él despiertan los relatos de caballerías y su deseo de formar parte de las huestes del rey. Por obediencia al codicilo del testamento paterno, irá a servir como paje al legendario castillo de Belvís, un señorío de la familia, con el fin de hacerse caballero a la antigua usanza. Servirá a Carlos V. Más tarde, con la armada de Felipe II, se embarcará en una de las empresas guerreras más catastróficas, el llamado «desastre de los Gelves».

Dedicado a tanta gente de Azuaga,
por aquellos felices años.

*¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que está el alma metida!*

Santa Teresa de Jesús.
(Siglo XVI).





LIBRO I



Donde don Luis María Monroy de
Villalobos
narra su origen, linaje e infancia en
la muy noble
ciudad de Jerez de los Caballeros,
en la casa
de su abuelo materno don Álvaro
de Villalobos,
el cual era cautivo en tierras de
moros.

1



He ponderado mucho el tiempo de mi infancia. Parecíame que era la mía la más feliz de las existencias, aunque mi corta razón de niño llegara a barruntar cierto misterio entre las gentes que habitaban la casa donde dio comienzo mi vida. Fue esto en la muy noble ciudad de Jerez de los Caballeros, en la que estuve confiado entre las manos de las mujeres hasta los siete años; edad que mi señor padre consideró suficiente para iniciarme en los secretos de la caza, la esgrima y la equitación. Alcanzo a recordar la alegría que me causaban los primeros contactos con las armas, las aves de presa, los perros y los caballos. Veía yo muy claro que había nacido para ser caballero y para servir a la causa del Rey, nuestro señor. Pero los niños ven las cosas del mundo por los ojos de la inocencia, bañadas por una luz y un candor que no son sino la imagen más dulce de su verdadera semblanza. Que luego viene la vida a poner a cada uno en

su sitio y a templar los ánimos con desencantos y padecimientos, para hacerles salir del engaño que habían traído y vengan a ennoblecerse y endurecerse como el más puro acero.

Pero, como digo, fueron aquellos primeros años para mí los más dulces y hoy creo que ya en ellos hacía-me Dios muchas mercedes y regalábame con muchas gracias para que no se me olvidara nunca de que Él es el Creador y Padre de todos, que cuida con amor y bondad de sus criaturas.

Era mi madre, doña Isabel de Villalobos, mujer muy virtuosa y de mucha caridad. Parecíame la más hermosa, lozana y alegre de las damas. Siendo yo el tercero y el más pequeño de sus hijos, hacíase-me que sólo vivía para mí, para llenarme de besos y no tener tiempo sino para arrullarme colmado de amores en su regazo tierno. Con los criados y los pobres tenía gran piedad y no se le veía nunca malhumorada o vencida por la melancolía; muy al contrario, siempre estuvo alegre, cantarina, como si hubiera fiesta o motivo de gran contento. A mí y a mis hermanos nos contaba cuentos que nos gustaban mucho y que nos ayudaban a dormir felices, encantados por los finales que ella relataba entusiasmada, de historias en las que a última hora se resolvían los males y todo el mundo, socorrido y contento, hacía banquetes y danzas.

La casa donde vivíamos era grande y fresca, soleada por estar en la parte alta de la ciudad y construida según el gusto de los alarifes moriscos, con ladrillos, pues no abundaba por allí la buena piedra. Pero la fachada lucía nobles escudos de armas cristianas, bien cinceladas en granito, de los tiempos del maestre Pelay Pérez Correa, según decía mi abuelo. Hacia el interior se extendían dos amplios patios en torno a los cuales se alineaban las estancias y más al fondo un huerto con palmeras y árboles que daban ricos bruños y albarillos en el tiempo de su razón. Al final estaban las cuerdas, las casillas de los criados y un portalón que se abría al adarve de la muralla. Todo, en fin, estaba dispuesto de la

mejor manera en aquella casa, siguiendo las rectas disposiciones de don Álvaro de Villalobos Zúñiga, mi abuelo materno, al que no conocía, pero cuya presencia seguía tan viva en Jerez, y especialmente en mi familia, que parecía que nada se hacía sin mentarle antes. De manera que solía decirse: «Don Álvaro haría esto» o «El señor dispondría tal o cual cosa». Y constantemente escuchábanse lamentos como: «¡Ay, si don Álvaro estuviera!» o «Señor don Álvaro, ¿qué hacer ahora?», cada vez que se presentaba un conflicto que tenía solución difícil.

Y cuando el uso de razón me fue dando entendederas para preguntarme por las cosas, vine yo a pensar si mi señor abuelo habría muerto o, si no, cuál era la causa de su perenne ausencia. Entonces mi buena madre tuvo a bien decirme que su padre era cautivo en tierra de moros por haber servido noble y valientemente a la causa de la Cristiandad, que es la del Rey, nuestro señor.

—¿Son gente mala esos moros, madre? —le pregunté yo con mis torpes palabras de infante.

—Mucho, hijo mío —me respondió ella con ojos tristes—. Pero no sufras por tu abuelo, puesto que Dios ha de librarle pronto de su cautiverio y entonces haremos grandes fiestas y danzas.

—¿Como en los cuentos? —añadí, ignorante de mí.

—Claro, hijo, como en los cuentos.

Tampoco conocía yo en mis primeros años a mi señor padre, don Luis Monroy de Zúñiga, pues era capitán y andaba con los tercios de su majestad haciendo la guerra a los protestantes alemanes de la Liga de Esmalcalda.

Mi madre me decía siempre que era el más hermoso y valiente caballero de las tropas del Emperador, que lucía brillante armadura y cabalgaba en un caballo blanco al que llamaba *Rayo*. Aseguraba ella que su esposo vendría un día de éstos, victorioso y premiado por el Emperador, y haríamos entonces banquetes y muchas fiestas en la casa.

—¡Eso, madre, como en los cuentos! —exclamaba yo.

Pero ya adivinaba yo un cierto fondo triste en sus ojos, mas no perdía nunca su sonrisa. De vez en cuando la veía asomada a la ventana más elevada de la casa, desde donde se contemplaban los campos, abstraída, mirando al horizonte, como si esperara que de un momento a otro fuera a llegar su añorado marido.

Por haber tenido estos padres tan virtuosos y temerosos de Dios, aunque no lo mereciera, yo, Luis María Monroy de Villalobos, doy gracias al Creador por siempre y me manifiesto orgulloso de los apellidos que honran mi nombre con los que me bastara para ser de noble linaje, si yo no fuera tan ruin.

¿Y qué decir de la ciudad donde vine al mundo? Jerez de los Caballeros se asienta sobre dos altas y gallardas colinas que miran al sur, a los cerros tupidos de encinares y a los agrestes parajes donde se cobijaban los moros buscando el abrigo de los montes. Hasta que quiso Dios que viesesen los freires de la Orden del Temple a hacerles guerra impetuosa y feroz y echarlos definitivamente para que estas tierras pasaran a manos de cristianos. Luego el Papa de Roma disolvió dicha Orden y vinieron a gobernar los Caballeros de Santiago, los cuales tanta fama dieron a la villa y a sus pobladores que nuestro señor, el emperador don Carlos, le otorgó título de ciudad muy noble allá por el año de 1525, haciéndole cabeza del partido de la Orden que es el rango que hoy detenta. Y, por esta importancia, hay numerosas iglesias, conventos, ermitas, fuentes, palacios y bonitas casas de nobles, así como una buena porción de vecinos que temen y ensalzan al Señor y a María Santísima como buenos cristianos. Hay también moriscos en la parte baja de la población, pero andan a sus avíos, muy ocupados en el trabajo de las huertas o criando cabras por los riscos, de manera que no hacen mal a nadie ni dan más molestia que la de empecinarse en los errores de su secta mahomética.

Me bautizaron en la parroquia de Santa María de la Encarnación y me pusieron de nombre, por mi señor padre que andaba ya en la guerra, Luis de María Santísima y de Santiago, san Miguel, san Bartolomé y san Antonio. Santos que son testigos de que por mis venas no corre otra sangre que la de viejos cristianos que supieron muchos de ellos dar su vida por los reyes y por la causa de la Cristiandad, sin pedir más recompensa que la que Dios reserva para los que le son fieles.

Pues así comencé mi vida, como he dicho, felizmente, colmado de cuidados y cariño por parte de mi señora madre, en el caserón de mi abuelo don Álvaro de Villalobos Zúñiga, cautivo que estaba en tierra de moros. Y aguardando su vuelta y la de mi señor padre me alcanzó el uso de la razón, pareciéndome que uno y otro no habían de tardar mucho en venir, pues sus nombres eran tan pronunciados en aquella bendita casa que, a fuerza de tanto nombrarlos en oraciones y suspiros, debían de sentirse llamados donde quisiera que se hallaran.

2



A pesar de tantos avatares como ha querido Dios que sufriera en esta vida, aquellos primeros años en Jerez de los Caballeros están muy vivos en mi memoria. Recuerdo especialmente los veranos, tan llenos de luz, pues en invierno parecía que la vida se detenía y pasaba los días casi confinado en los interiores en penumbra, próximo al calor de chimeneas y braseros. Pero, llegada la primavera, me sentía libre como el aire. En las horas en que todo el mundo se adormecía cuando el sol estaba en alto, salía a mis primeros paseos, lejos del cuidado solícito de las mujeres, e iba por ahí con otros niños de mi edad. Todo me parecía dorado. Íbamos a hurgar por los gallineros, a trastear por los desvanes y a rebuscar entre los antiguos enseres que se amontonaban por todas partes.

Había en las traseras de mi casa, en el adarve, una vieja casilla adosada a la muralla donde vivía un hombretón me-

dio paralizado del lado derecho, con unos extraños ojos negros, al que llamaban el Granadino, por haber sido esclavo traído de Granada, después de la última guerra que se dio a los moros. Muertos sus amos de viejos, quedó solo este hombre, sin más compañía que unos perrillos sarnosos. Allí íbamos con esa crueldad tan propia de los niños. «¡Granaíno, moro!», le gritábamos y tirábamos piedras a su tejado. Salía el pobre infeliz arrastrando su medio cuerpo y no podía hacer otra cosa que jurar y maldecir en algarabía, y azuzarnos a los perrillos que salían detrás de nosotros. Nos causaba esta mala acción un gran divertimento y nos jactábamos por hacer sufrir al pobre moro, que bastante traía ya en su malhadada vida con haber sido esclavo.

Tenía yo dos hermanos mayores, así como un buen número de primos y amiguitos con los que concertábamos bandas a modo de ejércitos y trabábamos batallas a palo limpio y a pedradas, de manera que siempre salía alguno lastimado. Así son las cosas de los niños.

En estas felices andanzas, sin preocupaciones y sin tener otra obligación que la de alimentarse y crecer, deseando llegar un día a ser caballero, acaeció algo en la casa que cambió por completo nuestra vida y fue como la primera espina que encontré en mi camino, para que me diera cuenta de que vivir *no era cosa* tan fácil como holgar y crecer entre malvas.

El suceso tuvo lugar en hora de quietud, durante la siesta, cuando sólo se oía el cacareo de alguna gallina tras poner un huevo. Estábamos mis hermanos y yo como de costumbre dedicados a los asuntos de niños, enfrascados en nuestros juegos y fantasías, cuando se escuchó un griterío de mujeres muy alborotadas.

—¡Virgen Santa! ¡Dios Bendito! ¡Madre de Dios!...

Después se hizo un gran silencio, al que siguió un zapatear de gente corriendo en todas direcciones con nuevos gritos y exclamaciones.

—¡Bendito sea Dios! ¡Santa María! ¡Ánimas del Purgatorio!...

Nos miramos sin comprender nada y, llevados por nuestra curiosidad infantil, corrimos en dirección al lugar de donde venían las voces y el jaleo, que era de la parte principal de la casa, es decir, el primer patio.

Llegados allí, encontramos congregada a gran cantidad de gente: mi abuela, mi madre, mis tías, los criados y criadas, los vecinos... Algo muy importante estaba sucediendo. Las mujeres gemían y los hombres se daban golpes en el pecho. Todo el mundo bendecía a Dios y daba gracias a la Virgen y a los santos como si se hubiera obrado un gran milagro. De la manera que pudimos, nos abrimos paso entre los cuerpos, pues nuestras menudas estaturas nos impedían ver lo que ocurría más adelante, en el recibidor de la casa, donde se agolpaban el mayor número de personas.

Nunca olvidaré aquel momento. Mis familiares rodeaban a un hombrecillo anciano de blancos y lacios cabellos que vestía raídas ropas y que estaba muy tieso, con unos delirantes ojos inyectados en sangre, flanqueado por dos frailes mercedarios que lo traían sujeto cada uno por un brazo.

Mi madre se precipitó hacia el anciano y se arrojó a sus pies sollozando.

—¡Padre! ¡Padre mío! ¡Bendito sea Dios!...

Mi hermano mayor, que estaba próximo a mí, me dijo entonces al oído:

—Debe de ser nuestro señor abuelo, don Álvaro de Villalobos.

Una extraña sensación se apoderó de mí. Contaba yo la edad de seis años y, desde que tuve noción del sentido de las palabras, escuchaba hablar de mi abuelo una y otra vez. Había un retrato suyo en el comedor, debajo de un gran cuadro que representaba a la Virgen de las Mercedes, donde siempre ardía una lámpara de aceite. Don Álvaro estaba pintado con aspecto de hombre joven; en el robusto pecho